

T45/9

MANUEL DE FORONDA.

CERVANTES,
VIAJERO.



MADRID:
IMPRESA DE FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.
—
1880.

CISNEROS

5-9

ANTIGUO

X-XX

2336

GERMANY

AMERICA

7

8001

7183

A la Biblioteca del Instituto del
Cardenal Cisneros (antes del Lovicelo)
y como publico testimonio del
goce recuerdo que de tan benemerito
establecimiento, doctor profesor, comense
el mas indigno de todos los alumnos

M. de S. J. J.

CERVANTES, VIAJERO.



220

T45/9

R 1493

CERVANTES,
VIAJERO;

POR

DON MANUEL DE FORONDA,
CON UN PRÓLOGO

DEL EXCMO. SEÑOR

DON CAYETANO ROSELL,
de la Real Academia de la Historia,

Y UN MAPA CON LOS VIAJES DE CERVANTES

FORMADO POR

DON MARTÍN FERREIRO.



MADRID:
IMPRESA DE FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

—
1880.

AL EXCMO. SEÑOR

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,

PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID,

ETC., ETC., ETC.

Ya que á tantas bondades como le soy deudor he de agregar hoy las benévolas é inmerecidas frases con que me autoriza á estampar su ilustre nombre al frente de este opúsculo, séame lícito hacer público una vez más el testimonio del agradecimiento y amistad que con la mayor consideracion le reitera su atento y seguro servidor

q. b. s. m.

MANUEL DE FORONDA Y AGUILERA.

ILMO. SR. D. MANUEL DE FORONDA Y AGUILERA :

No sé por qué, amigo mio, desde el punto y hora en que terminó usted la noche del 20 de Abril su discretísima conferencia en nuestra Sociedad Geográfica, considerando á *Cervantes* como *viajero*, formé el propósito de recoger aquel cabo suelto que dejó al final de su discurso, y aquella esperanza que indicaba de que alguien de los allí presentes completase el asunto, estudiando tambien como *geógrafo* al célebre alcalaino.

Y no sé tampoco por qué me llamo á la

parte en esta cuestion, quando ni soy *cervantista* andante, y debo contentarme con lo que se me concedió no há mucho; con el oficio de portero ú acomodador de los quijotistas, invitados para celebrar una fiesta en el Nuncio de Toledo, ni tengo aficion á esta clase de investigaciones á la menuda, que me hacen el efecto del que zarandea un cedazo ó una criba, y emplea todo su cuerpo en mover á compás las manos.

¿A qué ese empeño de desmenuzar así la masa tan compacta y tan bien cocida como sale del horno de una inteligencia privilegiada? ¿No pierde algo de su virtud y sabor el pan reducido á migajas, como el que se da á los niños y á los viejos, gente de encías desguarnecidas y de estómagos flacos y escrupulosos? ¿A qué afanarse en mostrar que el que sabe de algo lo sabe todo, quando el más sabio es el que yerra

ménos, y cuando leemos en uno de los romances más famosos de Lope:

Sólo sé que no sé nada,
dijo un filósofo, haciendo
la cuenta con su humildad,
adónde lo más es ménos?

Recuerdo con este motivo la diferencia que ha establecido un chusco entre el tonto y el sabio, diciendo que el tonto es el que *dice* tonterías, y el sabio el que las *hace*; axioma, si lo es, que bien pudiéramos aplicar á nuestro pobre Cervantes, tan feliz en sus escritos cuanto desventurado en su suerte, tan poco afortunado en vida y tan glorioso despues de muerto; de manera que no va, á mi entender, descaminado quien ha supuesto que la fábula de Don Quijote es ni más ni ménos que la vida del que la inventó, un sueño parecido al de aquel rey que

iba lanza en ristre en persecucion del horizonte; sueño, ilusiones y devaneos de que al fin abjuró el asendereado autor, muriendo *tan sosegadamente y tan cristiano* como su héroe.

Yo quisiera que las obras de los grandes ingenios gozasen cierto privilegio de inmunidad, y no necesitasen de oráculos que las interpreten; que fuesen como las composiciones musicales, que todos oyen, y cada cual se traduce á su manera y en la medida más conforme á su predisposicion auditiva y á su sensibilidad. Bueno que se nos hagan notar las bellezas de la forma, lo perfecto de la ejecucion; pero analizar su sentido íntimo, penetrar en el espíritu de un autor, y sobre todo en la intencion de sus conceptos y sus palabras, vale tanto á mi juicio y es tan censurable, como dar á conocer á un hombre escudriñando los rincones de su conciencia.

Por algo queria yo meter mi hoz en esta mies, aunque esté segada hasta la raíz. Soy enemigo de *buscapiés* apócrifos, y creo que se pone en ridículo, más que se glorifica, á un escritor de la estofa de Cervantes haciéndole omnisciente y enciclopédico, profesor de todas las ciencias humanas y áun divinas, teólogo, filósofo, jurisperito, médico, músico y cuanto hay que ser. Él mismo, que hoy resucitara, se admiraría de sí al verse como le ha pintado un amigo mio en cierto libro que publicó hace poco con el título de *Cuentos inverosímiles*, y entre ellos el *Nuevo Lázaro*.

Porque pensar, por ejemplo, que un Manzoni fué consumado por igual en las ciencias políticas, morales, físicas, naturales y sagradas, teólogo, soldado, economista, administrador, preceptor de higiene, etc., porque en su *Promessi Sposi* discurriera sobre puntos y hechos

relacionados con todos estos conocimientos, sería lo mismo que calificar de perito en cuanto han producido el ingenio y saber humanos á un bibliotecario, sólo porque maneja libros de todas materias, de todos tiempos y escritos en cuantos idiomas conoce el mundo.

Otros lo han dicho ya. Recórranse los artículos y folletos de algun tiempo á esta parte publicados por el sevillano D. José María Asensio de Toledo; D. Luis Vidart, que consideraba á *Cervantes* como poeta épico, ó emitia con relacion á él *algunas ideas referentes á la literatura preceptiva*; D. Cesáreo Fernandez Duro en su *Demostracion* titulada *Cervantes, marino*; el *Juicio crítico*, últimamente leído en el Instituto de segunda enseñanza de Toledo, por D. Antonio Alcalá Galiano, y otra multitud de escritos antiguos y modernos, tanto de propios como de extraños, y dése el asunto,

juxta allegata et probata, por terminado. Todos afirman que el genio adivina lo que no sabe; yo así lo creo, y añadido que los libros son los verdaderos maestros, no los doctores que regentan aulas; y que no ha menester credenciales académicas quien halla en los primeros pábulo á su estudioso afán, y guía é inconsciente revelacion en el instinto de su natural ingenio.

No, si no poned, como diria Cervantes, poned la pluma en la mano al alumno más aventajado de una facultad universitaria, y si carece del *quid divinum* que mueve y vivifica el estro poético, no llegará á poeta; y en vano aspirará á filósofo, si en su interior no siente el fuego sagrado que animaba á Sócrates y Platon. Porque á lo mejor (y entre nosotros se ha dado el caso) vemos salir de un taller, modesta y elegantemente ataviada, á la musa escénica, y coger al paso diversidad de esmaltadas flores, y

engalanar de ellas su frente, y granjearse por fin universal y envidiado aplauso.

De suerte, me dirá usted, que al interesar á nuestra Sociedad Geográfica en la gloria de Cervantes, siguiéndole como viajero, y procurando que otro le eleve al concepto de geógrafo, he incurrido en la vulgar oficiosidad de los que han coadyuvado á demostrar que fué una enciclopedia andando.—Nada de eso: en estos juicios hay que distinguir lo esencial y necesario de lo accesorio y excepcional; que una cosa es atribuir á estudio premeditado lo que es inherente á toda obra literaria, la conveniente preparacion, y otra aquilatar y dar realce á lo singular, á lo meritorio, á lo que es característico de cada autor ó de la índole de su obra. De que Cervantes haya con tan vivos colores pintado la vida pastoril en su *Galatea*, ¿hemos de deducir que fué pastor? Para dar color á sus esce-

nas, é interés, ya que no propiedad, á sus caractéres, ¿no le bastaban su inventiva, su experiencia y la imitacion de los escritores que le habian precedido en aquel empeño? Sabido es con cuánta ligereza por parte de algunos críticos se ha inferido cierta sospecha en su condicion social, no más que porque al tropezar su caballero andante con la banda de los galeotes, toma la defensa del sentenciado á galeras por corredor de amores, reforzando la tal sospecha con los indicios que da de sí la causa de Valladolid; sin reparar en que lo primero es un rasgo humorístico y desenfadado de su pluma, y en la segunda se sobresee, no por consideracion á Cervantes, sino quizá en obsequio á la calidad y nombre del Ezpeleta.

Parece indudable que nuestro famoso autor no concurrió á otras aulas que á las del dómine Lopez de Hoyos, á pesar de su estancia en

Alcalá, y en vista de las infructuosas diligencias que se han hecho en las matrículas de Salamanca. Adquirió, pues, toda su erudicion, si así puede decirse, *à posteriori*, estudiando privadamente, valiéndose de su propia observacion y con el trato y ejemplo de los hombres más doctos de su época. No fué teólogo ni canonista, pero alcanzaba en esta materia lo suficiente para discurrir sobre ella. No profesó el derecho, ni la economía política, ni la táctica militar, ni la medicina; no se hizo músico, ni pintor, ni comediante, ni astrólogo, ni ejerció facultad alguna determinada; mas como su existencia vino á ser una serie contínua de trabajos, de proyectos, de pretensiones y vicisitudes, en fuerza de no ser nada, se dice que lo fué todo, sacando de la privacion el goce de aquellos mismos bienes que con tanto ahinco solicitaba.

En resolucion, y generalizando las anteriores observaciones, puede añadirse que los accidentes de la vida de un escritor ni amenguan ni encarecen el mérito de sus obras, y que en el exámen de éstas ha de descartarse lo contingente de lo que es necesario de toda necesidad. A nadie debe dispensarse de las condiciones inherentes á su facultad, al inventor del ingenio, al literato de la erudicion, al crítico de la sagacidad y al gramático del conocimiento elemental, superior y completo de cuanto constituye la ciencia del lenguaje; pero dentro de esta intuicion absoluta, que llamamos dotes de la naturaleza, privilegios que nadie solicita, pero que todo el mundo concede al que las posee, caben y están las cualidades relativas, la fisonomía con que cada cual se distingue de su semejante. Esto es lo contingente y aquello lo necesario. Escritor fué sin duda el supuesto

Avellaneda, y á nadie se le ha ocurrido decir que su *Quijote* valga ménos que el de Cervantes, porque aquél fuese ménos versado que éste en tales ó cuales conocimientos, sino porque en primer lugar, él no engendró el asunto, y luégo porque sus episodios son ménos ingeniosos, sus caractéres más groseros, su estilo ménos variado y su lenguaje no tan terso, clásico y flúido como el del benemérito Manco á quien injuriaba.

Concedo que se hagan notar todos estos relieves primorosos en el tallado de una composicion; pero no que se les atribuya más importancia de la que en sí tienen, elogiando, por ejemplo, exclusivamente la destreza de un arquitecto en el dibujo, y prescindiendo de lo principal, de su mérito como artista; y usted, amigo mio, hubiera acometido un trabajo inútil recomendando á Cervantes como viajero,

si no supiera que el infeliz sólo se proponía ir en busca de la fortuna, que huía de él, no con el intento de ilustrar la ciencia; y que si algún mérito contrajo en aquel incesante trasiego, fué un mérito bien pasivo. Pero hablaba usted á una Sociedad más científica que literaria, y tuvo el buen acuerdo de interesarla, como ya he insinuado, en la estimacion que debe á quien trazó un nuevo periplo en sus peregrinaciones. Se valió usted además de un medio ingeniosísimo para resumir la vida de aquel pobre soldado que tan infructuosamente vertió su sangre en defensa de la patria y de la civilizacion, acompañándole en sus correrías sin perderle un punto de vista. Y por si algún escrúpulo quedaba respecto á su consanguinidad con aquella docta Corporacion, afirmó usted que merecia asimismo el diploma de geógrafo, dejando á otro el cuidado de demostrarlo, como si usted

no se bastase, y áun se sobrara, para esta empresa.

Geógrafo, segun la Academia, es el que sabe ó profesa la Geografía; y *Geografía* es la ciencia que trata de la descripcion de la tierra. No me satisface mucho esta segunda definicion; más exacta y completa pudiera ser, si abrazara los demás conceptos en que hoy se divide aquélla, y que constituyen un estudio, despues de todo, somero y elemental; pero hay que considerarla conforme al estado en que se hallaba á principios del siglo xvii, en que autores de nota desconocian ó no querian divulgar aún el sistema de Copérnico, y en que no era posible establecer opinion ni doctrina alguna acerca de otros puntos, por ejemplo, el de las líneas isotérmicas de Humboldt. Las divisiones orográficas no estaban determinadas como al presente; no se recurria al auxilio de la etnografía y las

ciencias físicas para explicar las teorías del órden social, ni se cifraba en la estadística la resolución de los problemas tan íntimamente relacionados hoy con el poder y prosperidad de los Estados. La ciencia geográfica es esencialmente experimental. Homero cifró en el escudo de Aquiles cuanto se sabía en su tiempo en materia de cosmografía; Strabon, Plinio y Pomponio Mela, no solamente ensancharon los límites del globo terráqueo, sino que penetraron hasta donde era posible en los dominios de la topografía. Claro es que los descubrimientos de la Edad Media habian de echar nuevos fundamentos á los progresos de la geografía física, como los estudios matemáticos á la astronómica; pero aún así, se distinguia más como geógrafo el que mayor autoridad podia alegar como viajero.

Esto, amigo mio, es lo que dificulta estable-

cer una línea divisoria perfectamente marcada entre uno y otro concepto. Pretendió hacerlo en su opúsculo titulado *Pericia geográfica de Cervantes* nuestro malogrado amigo D. Fermin, y usted mismo lo califica de exiguo é insuficiente. Propúsose demostrar que Cervantes debia ser geógrafo por su organizacion física, *por sus largos viajes* y por el plan de su obra maestra; y que acreditó serlo en la eleccion de teatro para las hazañas de su héroe; en indicar lugares que describe y no nombra; en enunciar principios de Geografía matemática y natural; y en dar á conocer la topografía, las costumbres y particularidades de muchas gentes y pueblos. Confieso que una vez deslindados estos puntos y demostradas estas proposiciones, no acierto á idear qué nuevas tésis pueden formularse que nos sugieran mayores pruebas.

Y, sin embargo, ó mucho me equivoco, ó

su intencion de usted no es ningun enigma. Don Fermin Caballero halló en el *Quijote* cuantos datos necesitaba, y, por lo tanto, á esa historia, poema ó como se quiera denominar, limitó sus observaciones. Usted dice que es menester ampliarlas, y claro es que esta ampliacion sólo puede aplicarse á las demás obras de nuestro autor. ¡A las demás obras! Pues usted ¿qué ha hecho? ¿No cita usted y extracta períodos enteros de unas y otras, y halla usted en la *Galatea*, en *La Española inglesa*, en *El Amante Liberal*, en *Persíles*, y extendiéndose al teatro, en *Los Baños* y *El Trato de Argel*, y en *El Gallardo Español*, sin mencionar más, cuanto á su propósito conduce? ¿Qué podria yo añadir sino algun pasaje insignificante, rebuscado acá y allá, como en *La Gran Sultana* ó *El Laberinto de amor*, para corroborar sus afirmaciones? Sin salir del *Persíles*, el libro predilecto, por ser el

último, de Cervantes, tropezaríamos á cada paso con descripciones y pormenores sobre la Noruega, la Groenladia, la Ubernia, la Lituania y las islas salvajes del Norte, que pondrian el sello á la más sutil investigacion en el sentido á que encamina usted las suyas.

De intento he reservado el *Persíles* para este postrer lugar, por ser la obra en que Cervantes echó el resto á su erudicion, por lo ménos en materia de geografía. De los países y lugares que él visitó, nada tiene de particular que recogiese noticias más ó ménos puntuales que comunicarnos; pero de los que no saludó jamás, ¿cómo guardaba tambien memoria? Esta es la razon potísima, el argumento *ad hominem* que yo encuentro para probar que Cervantes fué un verdadero geógrafo. De lo que uno ha visto, fácilmente puede certificar; mas de lo que se sabe de oidas, ¿cómo es posible discurrir con exac-

titud y acierto? Hombre de gran memoria debia ser Cervantes, como lo son todos los talentos extraordinarios; pero ¿basta esta facultad para simular, para suplir lo que únicamente sugiere la observacion propia? No: ciertas nociones no se adquieren sino por medio del estudio, de la erudicion; y hé aquí demostrado que Cervantes no fué un viajero cualquiera, de esos que se trasladan de un punto á otro como autómatas, incapaces de discurrir sobre lo que ven; hablaba de lo que habia visto, y de lo que no, recogia datos suficientes en los autores de aquellos tiempos; lo cual supone un criterio preexistente y conocimientos auxiliares ajenos á todo empirismo, y por consiguiente, propios del hombre de ciencia, es decir, del que merece el título de científico.

Mas ni siquiera me ha dejado usted defenderme en este postrer atrincheramiento, pues para

cerrarme toda salida, tiene usted buen cuidado de afirmar que Cervantes era «conocedor de toda la geografía de su tiempo.» De suerte, que habré de tentar otro recurso, el último que me queda, preconizando al inmortal escritor, no sólo como profundamente versado en la geografía física, sino en la astronómica, que es más, toda vez que ésta requiere observaciones, cálculos, métodos y experimentos que no están al alcance de los ingenios espontáneos, como no se ayuden de las lecciones escritas ú orales que facilitan el aprendizaje de las ciencias. Inútil sería también este nuevo empeño: saldríame al paso con su mencionada *Pericia geográfica*, en su artículo III, la Memoria de D. Fermin, poniéndome delante la aventura del barco encantado, en que Don Quijote precisa el uso del astrolabio para tomar la altura del Polo; y cuando habla á Sancho de coluros, líneas, para-

lelos, zodiacos, eclípticas, polos, solsticios, equinoccios... medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre, etc.; y cuando en la aventura de los batanes, para probar Sancho á su amo que amanecía pronto, le dice que *la boca de la bocina* (osa menor) *estaba encima de la cabeza y hacía la media noche en la línea del brazo izquierdo*, circunstancias que concurren en el mes de Agosto, en que á la sazón se hallaban; con otras indicaciones y citas que muestran ser Cervantes tan práctico en la geografía astronómica como en la física, tan geógrafo como viajero.

Doy aquí punto á este alegato, no se me diga que el que prueba demasiado no prueba nada; y cuide usted en lo sucesivo de no poner á nadie en el duro aprieto de espigar un campo que ántes ha rebuscado usted sin dejar un grano. Cervantes dará aún mucho que cavilar

á sus futuros biógrafos, críticos, comentaristas, apologistas y expositores, como ha dado á los pasados y á los presentes. Su libro es de tal naturaleza, que al pintar una monomanía, produce monomaniacos de otra especie. Resta sólo saber si él estaba tambien algo tocado del cerebro, porque observo que no se llega á talento de primer órden sin caer en cierto grado de enajenacion mental; de la cual, supuesta la causa, está por fortuna libre su afectísimo servidor, amigo y consocio Q. B. S. M.,

CAYETANO ROSELL.

CERVANTES, VIAJERO.

SEÑORES (1):

Hace doscientos sesenta y cuatro años, y en una más que modesta vivienda, situada en esta misma calle y á bien corta distancia por cierto del recinto en que nos hallamos reunidos (2), yacía en el lecho de la miseria y de

(1) La presente Conferencia fué pronunciada en la Sociedad Geográfica de Madrid, el dia 20 de Abril de 1880.

(2) Sabido es que la Sociedad Geográfica de Madrid recibe cariñosa hospitalidad de la Real Academia de la Historia, celebrando sus reuniones en el edificio de ésta, calle de León, esquina á la de las Huertas, y que la casa en que Cervantes murió se hallaba situada á unos cien pasos de la anterior y en el sitio que hoy ocupa la señalada con el núm. 2 de la calle de Cervantes, con vuelta á la de León. El señor marqués de Molins, en su

la muerte un anciano soldado é hidalgo, «de
»rostro aguileño (1), de cabello castaño, frente
»lisa y desembarazada (2), de alegres ojos y

precioso trabajo *Sepultura de Cervantes* (folios 204 y 205), con vista de irrecusables documentos dice: «Casa núm. 20, manzana 228... Tiene su fachada á la calle de Leon con cuarenta y cinco piés; á la de Francos, diez y nueve... Y en la misma, ya enfermo Cervantes, profesó pocos dias antes de su muerte.»

(1) Cervantes. Prólogo de las novelas ejemplares, *Obras completas de Cervantes*, tomo VII (a).

(2) Retrato de Cervantes. Ni el retrato, notable por más de un concepto, que posee la Real Academia Española, ni el que con grandes caracteres de autenticidad para el ilustrado Sr. Diaz de Benjumea nos presenta éste en su opúsculo *La verdad sobre el Quijote*, ni las estatuas, bustos, relieves y grabados que á cada paso

(a) Entiéndase que todas las citas que de las obras de Cervantes en general, se hacen en el presente trabajo, se refieren, cuando otra cosa no se consigna claramente, á la notable edición de las *Obras completas de Cervantes*, dedicadas á S. A. R. el Sermo. Sr. Infante D. Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza, ilustradas por los Sres. D. J. E. Hartzenbusch y D. Cayetano Rosell, 12 tomos. Madrid, imprenta de don Manuel Rivadeneira, 1863 y 1864.

Las citas del *Quijote* corresponden todas á la edición de esta obra hecha por la Real Academia Española en 1819; cuatro tomos en 8.º

» de nariz corva, aunque bien proporcionada;
» las barbas de plata, que... fueron de oro, los
» bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes
» ni menudos ni crecidos... el cuerpo entre dos
» extremos, ni grande ni pequeño; la color...
» ántes blanca que morena...;» y cuya serenidad de espíritu (1), firme y fecunda imaginación, á pesar de los estragos que naturalmente le había ocasionado su prolongada enfermedad, se conservaban en tal estado de vigor y energía, que cuatro dias antes de su

nos ofrecen la imagen de Cervantes, podrán dar una idea tan acabada de lo que ésta fué como el notable párrafo, único en su género, que del prólogo de sus novelas ejemplares transcribimos en este lugar. Gracias á esta descripción, el tipo de Cervantes se ha hecho ya tan familiar entre nosotros, que puede decirse que hasta le conocemos sin verle el rostro. Ejemplo de esto ofrece el notable techo del teatro de Apolo, en que el señor Sans nos ha presentado de espaldas y formando parte del grupo donde se hallan Calderón y Lope á un soldado que todo el que lo mira reconoce en él á Cervantes.

(1) Navarrete, *Vida de Cervantes*. Madrid, 1819, pág. 194.

fallecimiento y al siguiente de haber recibido los últimos auxilios que la religion concede á sus amados hijos, pudo escribir y escribió en elegante estilo y correcta frase la dedicatoria del *Persiles* á su bienhechor el conde de Lemos, dedicatoria que, á no revelarlo en ella el autor, nadie hubiera podido imaginar que se hallaba tan próxima á extinguirse una inteligencia tan exuberante de robustez y lozanía.

Pero la hora postrera había sonado, y aquel espíritu sublime, desligándose de las formas terrenales que por más de sesenta y ocho años y medio le aprisionaran, se restituyó á su Criador en 23 de Abril de 1616.

Los restos mortales de aquel pobre y anciano hidalgo y soldado, conducidos humildemente (1) por cuatro hermanos de la venerable Orden Tercera de San Francisco, á la cual perteneció en vida, fueron sepultados en la iglesia del vecino convento de Monjas Trinita-

(1) D. B. C. Aribau (vida de Cervantes), *Obras de Cervantes*, tomo 1, pág. LI.

rias (1), y la tierra que cubrió aquel cuerpo inanimado nos robó para siempre sus venerandas cenizas, pérdida irreparable que no han podido subsanar las constantes investigaciones de los admiradores que le subsiguieron, y que á no dudarlo presentían ya las pocas personas que, después de cumplida la postrera de las obras de misericordia, tristes y silenciosas se apartaban de aquel lugar donde involuntaria é inconscientemente abandonaron á la noche del olvido tan preciadas reliquias, sin colocar sobre ellas señal alguna que revelase á la posteridad el sitio determinado donde quedaban para siempre...

Es natural que así sucediera; aquel piadoso cortejo no depositó allí nada más que el cadáver de un hermano de la Orden Tercera, cuya alma había dado ya á Dios cuenta estrecha de sus acciones, siendo para ellos cuestión de un orden muy secundario cuanto á la parte terrenal

(1) Marqués de Molins, *La sepultura de Cervantes*. Madrid, 1870. Un tomo en 8.º

se refiriera. El alma del cristiano se había elevado á las puras regiones del Altísimo: el cuerpo había sido restituido á la tierra de que había sido formado. Su misión estaba cumplida: enterraron al muerto, rogaron á Dios por su alma y se retiraron con su conciencia tranquila.

Tal vez alguno de los circunstantes se alejara murmurando aquellas estrofas que nuestro hermano de la Orden Tercera puso en boca del cautivo *Saavedra*, aludiendo al más largo y tremendo de los viajes:

«Deja el llanto, amigo, ya;
que no es bien que se haga duelo
por los que se van al cielo,
sino por quien queda acá.
Que aunque parece ofendida
á humanos ojos su suerte,
el acabar con tal muerte
es comenzar mejor vida (1).»

.....

(1) *Obras de Cervantes*, tomo XII, pág. 22. — *El trato de Argel*, jornada primera.

Pasaron los tiempos, y el hermano de la venerable Orden Tercera que había muerto y había sido enterrado pobremente, fué para el mundo algo más que un soldado é hidalgo. Había escrito, y sus obras, apenas apreciadas en vida, empezaban á ser leídas y estudiadas con avidez: cada dia, cada año que pasaba crecían su valor é importancia; la fama del que las escribió traspuso las fronteras de su patria y se extendió á los países extranjeros; su nombre fué respetado por cuantos en el mundo se dedican á las artes ó á las letras, y repetido con entusiasmo por cuantos españoles se precian de amantes de su patria; y tanto creció su gloria, que llenando con ella el mundo entero, podemos, sin temor de equivocarnos, parodiar las famosas frases del emperador Cárlos V y afirmar que el sol no cesa un momento de alumbrar territorios donde es pronunciado con admiración profunda el nombre de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Y no fué ciertamente un entusiasmo pasa-

jero el que por Cervantes se despertó en el mundo científico y literario.

Empezó poco tiempo después de su muerte y ha llegado hasta nosotros en constante y progresivo aumento.

Los mármoles y los bronces nos presentan á cada paso su imagen esculpida ó su recuerdo tallado en multitud de lápidas. Los lienzos y grabados perpetúan su memoria y la de los pasajes más salientes de sus escritos.

Sus obras, cuyo número de ediciones raya en lo fabuloso, se hallan traducidas en casi todos, por no decir en todos los idiomas conocidos (1).

Los críticos más eminentes de todos los países se dedican á comentarlas, los historiadores más notables conceptúan su tarea más honrosa la de esclarecer un punto referente á la vida de Cervantes ó á un lugar ó texto citado en cual-

(1) Noticia reciente dan los periódicos de haber sido traducido al chino uno de los capítulos del *Quijote*.
(Nota del A.)

quiera de sus obras, y no contentos ya con otorgarle el primer puesto entre los novelistas y escritores clásicos, le designan con el lema insigne esculpido en el pedestal de su estatua de la Plaza de las Cortes: *Hispaniæ scriptorum principi*.

Pero aún hay más. El genio de Cervantes era superior á todo esto. La profundidad de sus conceptos revelaba al hombre científico. Y así fué que andando los tiempos ha sido estudiado como teólogo (1), como moralista (2), filósofo (3), jurisperito (4), economis-

(1) P. Sbarbi, *Cervantes teólogo*: carta dirigida al Sr. D. Manuel Pardo de Figueroa.

(2) D. P. Gatell, *Moral del Quijote*.

(3) D. Federico de Castro, *Cervantes y la filosofía española*.—Don Mateo Benigno de Moraza, *Cervantes filósofo*. Discurso leído en la Academia Cervantino-española de Vitoria.—D. Agustín García de Arrieta, *Espíritu de Miguel Cervantes Saavedra ó la Filosofía de este gran ingenio*.

(4) D. Antonio Martín Gamero, *Jurisprudencia de Cervantes*.

ta (1), médico (2), geógrafo (3), poeta (4), inventor (5), marino (6), militar (7), y hasta como propagandista político (8) y reformista moral (9) de su siglo.

(1) D. José María Piernas y Hurtado, *Ideas y noticias económicas del Quijote*.

(2) D. Antonio Hernández Morejon, *Bellezas de medicina práctica descubiertas en el Ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha*.

(3) D. Fermín Caballero, *Pericia geográfica de Cervantes*.

(4) D. Adolfo de Castro, *¿Cervantes fué ó no poeta?*—D. Luis Vidart, *Cervantes poeta épico, y Algunas ideas de Cervantes referentes á literatura preceptiva*.

(5) D. José María Asensio, *Cervantes inventor*. Discurso en la Academia Sevillana de Buenas Letras.

(6) D. Cesáreo Fernández-Duro, *Cervantes marino*, y D. Florencio Janer en un artículo publicado en *Los Lunes del Imparcial*.

(7) D. Crispín Ximénez de Sandoval, *Afición é inteligencia militar de Miguel de Cervantes*.—D. Jacinto Hermua, *Cervantes administrador-militar*.

(8) D. Francisco María Tubino, *Cervantes revolucionario*.

(9) D. José Casenave, *Cervantes y su siglo*.

Unos hallan en nuestro héroe el modelo de soldados pundonorosos y valientes, otros al galante caballero, éste al sufrido cautivo, aquél al ferviente católico, y tanto se ha extendido el entusiasmo por Cervantes, que hasta las poblaciones se disputan la honra de haberle recibido al nacer (1), y hasta hay algunas que vencidas en este terreno, han tratado de reivindicar para

(1) Sevilla, Madrid, Lucena, Toledo, Esquivias, Consuegra y Alcázar de San Juan se disputaron tan señalada honra, hasta que documentos irrecusables han decidido la cuestión á favor de Alcalá de Henares. Don Juan Álvarez Guerra, con un laudabilísimo deseo y entusiasmo por Cervantes y Alcázar de San Juan, ha resucitado esta cuestión en su folleto titulado *Sol de Cervantes Saavedra*, impreso en 1878. Desgraciadamente para el autor sus razones no han llevado al ánimo de sus lectores el convencimiento de que Cervantes haya nacido en Alcázar y no en Alcalá.

Después de escritas las precedentes líneas, mi querido é ilustrado amigo D. Luis Vidart ha publicado un erudito artículo, notable como todos los suyos, aduciendo las pruebas que en su sentir hacen de Madrid la patria de Cervantes...

sí, ya la gloria de conservar sus cenizas, ya la de haberle albergado en vida, ya la de haberle tenido aprisionado ó la de haberse dado á luz en su recinto la primera ó alguna de las ediciones de sus obras.

¿Y qué mucho que esto suceda, cuando estais viendo formada una, á manerá de institución, la de los Cervantistas, que se extiende por toda España y aun por el extranjero, y á la cual tienen á gala el pertenecer las primeras notabilidades en diversos ramos del saber humano?

¿Qué mucho que esto suceda, cuando veis que nuestras primeras corporaciones literarias, oficiales y privadas, honran anualmente la memoria del insigne Cervantes, ya con solemnes funciones religiosas en los templos donde fué bautizado ó sepultado, ya con fiestas y certámenes literarios, ya con funciones teatrales, etc., etc...?

Y puesto que dentro de pocas horas la Iglesia y las letras harán la anual conmemoración de tan glorioso aniversario, permitidme que

ocupe vuestra benévola atención, si bien sea por breves momentos, presentándoos al manco de Lepanto, al cautivo de Argel, al guardador de Cerdeña, al enfermo de Sicilia, al expedicionario de las Terceras, al correo de Orán, etc., etc., bajo una nueva fase, muy relacionada con los estudios á que la Sociedad Geográfica se dedica, y que según creo no ha sido presentado hasta ahora: como VIAJERO (1).

Y que á Cervantes puede aplicársele este calificativo y estudiársele bajo este nuevo aspecto, se halla fuera de toda duda, puesto que todos sus biógrafos y comentaristas convienen en que Cervantes no sólo recorrió la Península

(1) Sólo D. Martín Fernández Navarrete, en alguno de los párrafos de su *Vida de Cervantes*, hace algunas, y por cierto discretísimas observaciones, acerca de la manera cómo describió los lugares que recorriera; observación que á no haber estado ya seriamente comprometidos á dar la presente Conferencia, nos habría hecho desistir de nuestro propósito, vista la dificultad que se nos presenta de añadir nada de nuevo y razonado á lo dicho ya por el Sr. Navarrete. (*Nota del A.*)

casi en su totalidad, sino que visitó, ya como camarero del hijo de los duques de Atri, ya como soldado, ya como cautivo, muchos de los puertos de Italia, Grecia, Turquía, Portugal, costa de África y hasta de las islas Azores, dejándonos todas sus obras llenas de multitud de citas, descripciones y hasta detalles de costumbres de todos ó casi todos los puntos que recorrió durante su atribulada é inquieta vida.

Si, pues, Cervantes viajó y viajó mucho dentro y fuera de la Península y nos legó descripciones de casi todos los puntos por él visitados, veamos si podemos de hoy más contarle en el número de los viajeros españoles.

«Viajero es (1) el que hace algún viaje, especialmente largo ó por varias partes.

» Aplícase con singularidad á los que escriben las cosas especiales que han observado en el mismo viaje.»

Que la primera parte de esta definición es

(1) *Diccionario de la lengua castellana*, por la Academia Española. Undécima edición, Madrid, 1869.

aplicable á Cervantes, no merece ni aun indicarse, puesto que Cervantes, no sólo hizo *algún viaje*, sino que hizo varios, muchos tal vez para la época en que vivió, y *largos* y por bien diversas partes.

Ahora bien; si yo demuestro con el testimonio auténtico é irrecusable de sus propios escritos, que Cervantes nos legó en sus obras las descripciones de las localidades, usos y costumbres que durante sus viajes observara, habré logrado el fin que me propuse.

Como medio de conseguirlo, no perdamos de vista á sus distinguidos biógrafos Navarrete, Morán y Aribau, y convengamos con ellos los puntos en que aparezca comprobada la estancia de Cervantes, y sin tratar de hacer su biografía ni aun siquiera consignar un índice cronológico de los lugares que hollara con su planta, consignemos éstos y veamos después si de lo que en ellos vió y observó nos ha dejado noticias detalladas.

Conforme D. Buenaventura Carlos Aribau con D. Martín Fernández Navarrete y con el

Sr. Morán, se tiene por cosa fuera de todo género de duda que Cervantes, á fines de 1568 ó principios del 69, pasó á Roma en calidad de camarero de monseñor Julio Aguaviva, hijo de los duques de Atri y legado de S. S. Pio V, haciendo este viaje por Valencia, Cataluña, Francia meridional, Piamonte, el Milanesado y la Toscana hasta la capital del orbe católico (1).

Hémos aquí ya como por la mano en el lleno de nuestra conferencia, y por cierto con datos que si de propio intento se hubieran buscado, no habría sido posible hallarlos más concretos y adecuados.

Dejando para cuando, más adelante, nos ocupemos de la estancia de Cervantes en Lisboa, el apreciar la perfecta descripción que de tan hermosa capital y sus alrededores nos presenta, tomemos el camino de Badajoz, y atra-

(1) Navarrete, *Vida de Cervantes*, págs. 15 y siguientes.—Aribau, *Vida de Cervantes*, págs. XII y siguientes.—*Obras de Cervantes*, tomo 1.

vesando la Península de Poniente á Levante, y sirviéndonos de guía el famoso *Periandrio* (1), penetremos en Badajoz, alojémonos en un mesón en compañía de unos comediantes, asistamos á la representación dada por éstos de la fábula *Céfalo y Procris* en la casa del corregidor de la ciudad, permanezcamos tres dias en su liberal compañía y en la de la espléndida corregidora, y dirijámonos á Nuestra Señora de Guadalupe, pasando antes por el monte de infinitas encinas y rústicos árboles (2), recibiendo en el camino la rica cadena de oro y la débil criatura que D. Juan de Orellana y don Francisco Pizarro (3) apresuradamente nos entregan, con encargo de llevarlas á Trujillo, misión que nos evita después la madre del tierno

(1) *Obras de Cervantes*, tomo ix, pág. 274.—*Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, cap. II.

(2) *Obras de Cervantes*, tomo ix, fol. 278.—*Persiles*.

(3) Coincidencia. Ambos nobilísimos apellidos los ostenta hoy el actual marqués de la Conquista, cuyo título data de 1631.

vástago, en quien dejamos depositadas tan preciadas joyas.

Ya estamos en Guadalupe: penetremos por una de las dos entradas que guían al valle que forman y cierran sus altísimas sierras (1); admirémonos á la vista de su grande y suntuoso monasterio, cuyas murallas guardan la santísima Imagen de la Emperatriz de los cielos; y ya dentro de su sagrado recinto, y en vez de púrpuras de Tiro, damascos de Siria y brocados de Milán, contemplemos «muletas que
»dejaron los cojos, ojos de cera que dejaron
»los ciegos, brazos que dejaron los mancos,
»mortajas de que se desnudaron los muertos,
»todos después de haber caído en el suelo de
»las miserias, ya vivos, ya sanos, ya libres y
»ya contentos, merced á la larga misericordia
»de la Madre de las misericordias, que en
»aquel pequeño lugar hace campear á su ben-
»ditísimo Hijo con el escuadrón de sus infini-
»tas misericordias.»

(4) *Obras de Cervantes*, tomo IX, fol. 299.—*Persiles*.

Salgamos del monasterio y veamos cómo

« Adornan este alcázar soberano (1)
Profundos pozos, perenales fuentes,
Huertos cerrados cuyo fruto sano
Es bendición y gloria de las gentes.
Están á la siniestra y diestra mano
Cipreses altos, palmas eminentes,
Altos cedros, clarísimos espejos
Que dan lumbre de gracia cerca y lejos.
El cinamomo, el plátano y la rosa
de Hiericó, se halla en sus jardines... etc.»

y continuemos nuestro viaje pasando por Trujillo y Talavera, aunque sin detenernos á ver la fiesta de la Monda, á pesar de los preparativos que para celebrarla se hacen, y cuyo origen es (2) «de muchos años antes que Cristo » naciese, reducida por los cristianos á tan buen » punto y término, que si entonces se celebraba » en honra de la diosa Venus por la gentilidad,

(1) *Obras de Cervantes*, tomo ix, fol. 304.—*Persiles*.

(2) *Idem*, id., tomo ix, fol. 307.—*Persiles*.

» ahora se celebra en honra y alabanza de la
» Virgen de las vírgenes.»

Lleguemos á la Sagra de Toledo, contemplemos el Tajo y oigamos á *Periandrio* que á la vista de la imperial ciudad exclama (1):
«¡Oh peñascosa pesadumbre, gloria de España, luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes godos, para volver á resucitar su muerta gloria y á ser claro espejo y depósito de católicas ceremonias.»

No penetremos dentro de sus muros ni tampoco lo hagamos en Aranjuez, cuya vista, por ser tiempo de primavera, pone á nuestros compañeros de viaje en un mismo punto la admiración y la alegría, puesto que «vieron (2) sus iguales y extendidas calles, á quien servían de espaldas y arrimos los verdes é infinitos árboles; tan verdes, que los hacían parecer de finísimas esmeraldas; vieron la junta, los be-

(1) *Obras de Cervantes*, tomo ix, fol. 324.—*Persiles*.

(2) *Idem*, id., tomo ix, fol. 328.—*Persiles*.

» sos y abrazos que se daban los dos famosos
» rios, Jarama y Tajo, contemplaron sus sier-
» ras de agua y admiraron el concierto de sus
» jardines y la diversidad de sus flores, vieron
» sus estanques con más peces que arenas, y
» sus exquisitos frutales, que por aliviar el
» peso á los árboles tendían sus ramas por el
» suelo.»

Ocaña, con su renombrada Virgen de la Es-
peranza y (1) Quintanar de la Orden nos han
prodigado su cariñosa hospitalidad, y después
de hacer ligera estación en un lugar (2) ni
muy pequeño ni muy grande, pero sí cer-
cano del punto en que el camino se divide en
dos (3); mientras unos supuestos cautivos que

(1) *Obras de Cervantes*, tomo IX, fols. 328 y 329.—
Persiles, capítulos VIII y IX.

(2) *Idem*, *id.*, tomo IX, fol. 341.—*Persiles*.

(3) *Idem*, *id.*, tomo IX, fol. 349.—*Persiles*, capí-
tulo XI (a).

(a) Mi querido é ilustrado amigo el Sr. D. Martín Ferreiro, á
quien aprovechando esta ocasión no puedo menos de manifestar mi
profundo reconocimiento por el trabajo que se ha tomado trazando e

poco há conocimos toman el camino de Cartagena, tomemos nosotros el de Valencia: si bien habremos de detenernos en un lugar de moriscos «puesto (1) como una legua de la » marina en dicho reino» y en el cual «no me- » són en que albergarse, sino todas las casas del » lugar con agradable hospicio los convidaban» y cuya fuerte iglesia con ferradas puertas (2) y torre con escalera levadiza pone á cubierto

(1) *Obras de Cervantes*, tomo ix, fol. 352.—*Persiles (a)*.

(2) *Idem*, id., tomo ix, fol. 354.—*Persiles*.

mapa correspondiente para esta Conferencia, el Sr. D. Martín Ferreiro, digo, conjetura que este punto pudiera muy bien ser Pozo Cañada por tener entendido que existía en ese pueblo un camino que antiguamente se dividía en dos, uno á Cartagena y otro á Valencia, y por hallarse cerca de Albacete, que en la época aludida por Cervantes era un lugar no muy grande ni muy pequeño.

(a) ¿Podrá ser Almuzafes? Con esta pregunta contestó mi queridísimo amigo Sr. Ferreiro á la que yo le dirigí respecto á cuál pudiera ser el lugar de moriscos citado por Cervantes, añadiendo que está inmediato á Valencia y no muy lejos del mar. La modestia del Sr. Ferreiro le hace añadir interrogaciones á sus respuestas. Yo por mí no vacilo en afirmar que puede muy bien ser Almuzafes, si bien estoy dispuesto á rectificar mi opinión si lo contrario se demuestra.

al santuario de los continuos desembarcos de los corsarios berberiscos.

Pero ya estamos á la vista de la reina del Turia, y toda vez que el camarero de monseñor Aguaviva emprende su viaje para Roma, agreguémosle á la comitiva de *Periandrio*, y quedémonos aguardando á que él mismo nos refiera su propio viaje desde la sin par Valencia (1), notable «por la grandeza de su sitio, »la excelencia de sus moradores, la amenidad »de sus contornos, y finalmente, por todo aque- »llo que la hace hermosa y rica sobre todas las »ciudades, no sólo de España, sino de toda »Europa, y principalmente por la hermosura »de las mujeres y su extremada limpieza y gra- »ciosa lengua, con quien sólo la portuguesa »puede competir en ser dulce y agradable.»

Ya han pasado nuestros viajeros por la hermosa y amenísima villa de Villareal (2), rodeada de espesas arboledas, ya divisan desde

(1) *Obras de Cervantes*, tomo ix, fol. 358.—*Persiles*.

(2) *Idem*, id., tomo ix, fol. 359.—*Persiles*.

lejos (1) las santísimas montañas de Monserat, ya llegan á las puertas de la ciudad condal.

Tienden su vista, y descubren las renombradas playas de Barcelona (2); las galeras que, cubiertas de flámulas y gallardetes, se mecían en sus claras aguas, y enviaban á tan jocunda tierra los bélicos acentos de sus trompetas y chirimías, mientras que *Monjui* (3) hacía la señal de avistarse bajeles de moros.

Ya penetran en ella (4). «Admírales el hermoso (5) sitio de la ciudad y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, terror y espanto de los cir-

(1) *Obras de Cervantes*, tomo IX, fols. 359 y 60. — *Persiles*.

(2) *Don Quijote*, segunda parte, cap. LXI, tomo IV, fol. 271.

(3) *Idem*, id., cap. LXIII, tomo IV, fol. 295.—*Obras de Cervantes*, tomo I, folios 100 y 108.—*La Galatea*, libro III.

(4) *Obras de Cervantes*, tomo II, fol. 27.—*Idem*, id., lib. V.

(5) *Idem*, id., tomo VIII, fol. 98.—*Las dos doncellas*.

» cunvecinos y apartados enemigos; regalo y
» delicia de sus moradores, amparo de los ex-
» tranjeros, escuela de caballería, ejemplo de
» lealtad, y satisfacción de todo aquello que de
» una grande, famosa, rica y bien fundada ciu-
» dad puede pedir un discreto y curioso deseo,»
cualidades que hacen resaltar más sus mora-
dores (1) «los cortesés catalanes, gente eno-
» jada terrible, pacífica, suave; gente que con
» facilidad da la vida por la honra, y por de-
» fenderlas entrambas se adelantan á sí mismos,
» que es como adelantarse á todas las naciones
» del mundo.»

Salen de España los viajeros por Perpiñán, detiéndense en un mesón (2), observan el curioso juego en el que el afortunado ganaba sólo 20 ducados, que los ministros del Rey daban al efecto á su contrario, y el que perdía se hacía prenda del Rey para bogar al remo seis

(1) *Obras de Cervantes*, tomo ix, fol. 366.—*Persiles*.

(2) *Idem*, id., tomo ix, folios 367 y 68.—*Persiles*.

meses (1), y pasando por el *Lenguadoc*, entran en la Provenza, donde, en otro mesón se aposentaron, y donde por conocer que eran españoles les hablaron en lengua castellana (2), porque «en Francia, ni varón ni mujer dejan »de aprender (3) la lengua castellana.»

Pasaron después por un lugar de Provenza cuyo nombre no nos revela Cervantes, y prosiguen su «camino por Francia, la cual es tan »poblada (4), tan llana y apacible, que á cada »paso se hallan casas de placer, adonde los señores de ellas están casi todo el año, sin que »se les dé algo por estar en las villas, ni en las »ciudades.» «A una de éstas llegaron nuestros »viandantes, que estaba un poco desviada del »camino real. Era la hora del medio dia; herían »los rayos del sol derechamente á la tierra; en »traba el calor, y la gran torre de la casa les

(1) ¡Curioso sistema de reclutamiento!... (*N. del A.*)

(2) *¡Quantum mutatus ab illo...!!*

(3) *Obras de Cervantes*, tomo IX, fol. 369.—*Persiles*.

(4) *Idem*, id., tomo IX, fol. 373.—*Persiles*.

» convidó á que allí esperasen á pasar la siesta
» que en calor riguroso amenazaba.»

Salen de la casa-torre, vadean un rio y llegan al anoecer á una casería (1) «que junto
» con serlo, era mesón, en el cual se alojaron á
» toda su voluntad,» y saliendo de Francia por el Delfinado, y atravesando el Piamonte, llegaron á Milán (2), donde comenzaron á ver las grandezas—porque en acabarlas de ver no dieran tiempo cuatro años—de aquella (3) oficina de Vulcano «ojeriza del reino de Francia,
» ciudad, en fin, de quien se dice, que puede
» decir y hacer; haciéndola magnífica la grandeza suya y de su templo, su maravillosa
» abundancia de todas las cosas á la vida humana necesarias,» incluso las armas (4) y galas para los soldados.

(1) Idem, id., tomo ix, pág. 383.—*Persiles*.

(2) *Obras de Cervantes*, tomo ix, pág. 406.—*Persiles*.

(3) Idem, id., tomo vii, pág. 253.—*El Licenciado Vidriera*.

(4) *Don Quijote*, primera parte, cap. xxxix, tomo ii, fol. 198.

Partiéronse de allí y llegaron á Luca, «ciudad pequeña, pero hermosa y libre (1) que »debajo de las alas del Imperio y de España se »descuella y mira exenta á las ciudades, de »los príncipes que la desean. Allí mejor que »en otra parte ninguna son bien vistos y recibidos los españoles, y es la causa que en ella »no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella »no hacen estancia de más de un dia no dan »lugar á mostrar su condición tenida por arrogante.»

Cuatro dias pasaron nuestros viajeros en la posada de Luca, «capaz de alojar una compañía» y siguen el camino de la ciudad eterna, pasando antes por Acuapendente (2), que es el primer lugar que tiene el Papa (3), y mientras más se internaban por la selva adelante, la amenidad del sitio, las fuentes que de entre las yer-

(1) *Obras de Cervantes*, tomo IX, fol. 406.—*Persiles*.

(2) *Idem*, id., tomo IX, fol. 419.—*Persiles*.

(3) *Idem*, id., tomo VII, fol. 239.—*La Española inglesa*.

bas salían (1), los arroyos que por ella cruzaban, más les invitaba al descanso.

Pero ya están en Roma, han entrado por la calle de Nuestra Señora del Pópulo (2), y van á albergarse á una rica posada junto al arco de Portugal, pasando antes por la calle de Bancos. Una vez instalados, visitaron «los lugares (3) tan santos como innumerables que hay en aquella ciudad santa,» recorrieron sus templos, adoraron sus reliquias y admiraron su grandeza (4); «y así como por las uñas del leon se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así se saca la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros

(1) *Obras de Cervantes*, tomo ix, fol. 426.—*Persiles*.

(2) *Idem*, id., tomo ix, fol. 436.—*Persiles*.

(3) *Idem*, id., tomo vii, fol. 238.—*La Española inglesa*.

(4) *Idem*, id., tomo vii, fol. 250.—*El Licenciado Vidriera*.

» grandes, por su famoso y santo río, que siem-
» pre llena sus márgenes de agua y las beatifica
» con las infinitas reliquias de cuerpos de már-
» tires que en ellas tuvieron sepultura; por sus
» puentes, que parece que se están mirando unas
» á otras, y por sus calles que, con sólo el nom-
» bre, cobran autoridad sobre todas las demás
» de las otras ciudades del mundo: la vía Apia,
» la Flaminia, la Julia, con otras de este
» jaez...»

«La división de sus montes, dentro de sí
» misma, el Celio, el Quirinal y el Vaticano,
» con los otros cuatro cuyos nombres manifies-
» tan la grandeza y majestad romana...» «La
» autoridad del Colegio de Cardenales, la ma-
» jestad del Sumo Pontífice, el concurso y va-
» riedad de gentes y naciones.»

Examinaron también el famoso templo de
la Rotunda (1), que «en la antigüedad se
» llamó el templo de todos los dioses, y ahora

(4) *Don Quijote*, segunda parte, cap. VIII, tomo III,
fol. 177.

» con mejor advocación se llama de todos los
» santos, y es el edificio que más entero ha que-
» dado de los que alzó la gentilidad en Roma,
» y es el que más conserva la fama de la gran-
» diosidad y magnificencia de sus fundado-
» res, » y cuya hechura es « de una media na-
» ranja, grandísimo en extremo, y está muy
» claro, sin entrarle otra luz que la que le con-
» cede una ventana (ó por mejor decir, clara-
» boya) redonda que está en su cima... »

Vieron asimismo la piedra de desmesurada grandeza donde se pusieron las cenizas del cuerpo de César, y á quien hoy llaman la aguja de San Pedro (1), y el sepulcro del emperador Adriano, ahora castillo de *Santangel*.

Vieron... pero ¿qué mucho que lo vieran todo, si vosotros mismos, sin moveros de este sitio, lo estais viendo también con sólo escuchar las palabras de Cervantes que yo acabo de transcribiros?

(1) *Don Quijote*, segunda parte, cap. VIII, tomo III, folios 80 y 81.

Pero ya le tenemos en Roma. Dejémosle un par de años al servicio de monseñor Aguaviva, y recurramos á Navarrete, Morán y Aribau, que ellos seguirán dándonos cuenta de sus viajes... Ya sabemos que en Nápoles sentó plaza de soldado en la compañía de Diego de Urbina; que el 15 de Setiembre de 1571 se embarcó en Mesina en la galera *Marquesa*, en la cual, y después de una escala en Corfú, tomó parte en la famosa batalla de Lepanto el 7 de Octubre de 1571, y en la cual le cupo la gloriosa, al par que desgraciada suerte de ser herido y quedar inutilizado.

Poco grata debió ser para Cervantes, enfermo á la sazón, su estancia en Nápoles, cuando tan escasos recuerdos la dedica. Conténtase sólo con citarla en *La Galatea* (1) y con revelarnos en *El Licenciado Vidriera* (2) «que era »una bella ciudad,» y en *La fuerza de la*

(1) *Obras de Cervantes*: tomo I, folios 108 y 143, y tomo II, folio 14.—*La Galatea*, libros II, III y V.

(2) *Idem*, id., tomo VII, fol. 247.

sangre (1) «que era abundante en hosterías y
» que los españoles gozaban en ella de gran li-
» bertad en sus alojamientos.»

Pero ya le tenemos embarcado en la galera *Marquesa* y con rumbo á la fuerte isla de Corfú (2), y aprestándose á tomar parte en la jornada de Lepanto, «cuyo día (3) fué para la
» cristiandad tan dichoso, porque en él se des-
» engaño el mundo del error en que todas las
» naciones estaban, creyendo que los turcos eran
» invencibles por la mar, en aquel día, donde
» quedó el orgullo y soberbia otomana que-
» brantada» y «entre tantos venturosos como
» allí hubo (porque más ventura tuvieron los
» cristianos que allí murieron que los que vi-
» vos y vencedores quedaron)» sólo uno fué
«el desdichado, pues en cambio de que pu-
» diera esperar, si fuera en los romanos siglos,

(1) *Obras de Cervantes*, tomo VII, fol. 287.

(2) *Idem*, id., tomo VII, fol. 136. — *El amante liberal*.

(3) *Don Quijote*, primera parte, cap. xxxix, tomo II, fol. 199.

» alguna naval corona, perdió » (según el mismo Cervantes de sí propio lo refiere) (1)
« la mano izquierda de un arcabuzazo, herida
» que aunque parece fea él la tiene por hermosa por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V de felice memoria.»

Averiguado está que Cervantes se halló en Lepanto, y si alguna duda este aserto ofreciera, quedaría desvanecida con sólo recordar cómo describe en sus obras los combates navales, pintándolos con brillante colorido y mano maestra, ya en las aguas de Barcelona (2), ya en las de Gibraltar (3), ya en las de Cerde-

(1) *Obras de Cervantes*, tomo VII. Prólogo de las *Novelas ejemplares*, pág. x.

(2) *Don Quijote*, segunda parte, cap. LXIII, tomo IV, fol. 296.

(3) *Obras de Cervantes*, tomo VII, fol. 203.—*La Española inglesa*.

ña (1), notable descripción esta última en verso endecasílabo que acredita en Cervantes tanto al curioso viajero como, digámoslo de una vez, al gran poeta.

Tras una breve estancia en Petela (2), se dirigió á Mesina, en cuyo puerto (3), que le pareció bien, como asimismo la abundancia de toda la isla de Sicilia, permaneció curándose de sus heridas hasta 1572, en que volvió al servicio activo.

«Halléme (dice después Cervantes, por » boca del cautivo D. Rui Perez de Vied-

(1) *Obras de Cervantes*, tomo XII, fol. 40.—*El trato de Argel*, jornada segunda.

(2) No hacemos mención especial de los viajes por mar que describe Cervantes en sus obras, por ser muchos en número y variedad; ni nos ocupamos de la pericia marítima que en ellos revela, porque de una y otra cosa nada puede decirse de nuevo después de visto el folleto de mi estimado amigo el erudito D. Cesáreo Fernández-Duro, titulado *Cervantes marino*.

(3) *Obras de Cervantes*, tomo VII, fol. 251.—*El Licenciado Vidriera*.

» ma) (1), el segundo año, que fué el de 72, en
» Navarino... Ví y noté la ocasión que allí se
» perdió de no coger en el puerto toda la armada
» turquesca; porque todos los levantes y jeníza-
» ros que en ella venían tuvieron por cierto que-
» les habían de embestir dentro del mismo puer-
» to, y tenían á punto su ropa y pasamaques
» (que son sus zapatos), para huirse luégo por
» tierra, sin esperar ser combatidos; ¡tanto era
» el miedo que habían cobrado á nuestra arma-
» da!... El Uchalí se recogió á Modon, que es
» una isla que está junto á Navarino, y echando
» la gente en tierra, fortificó la boca del puerto
» y estúvose quedo hasta que el Sr. D. Juan se
» volvió. En este viaje se tomó la galera que
» se llamaba *La Presa*, de quien era capitán un
» hijo de aquel famoso corsario Barba-Roja.
» Tomóla la capitana de Nápoles, llamada *La*
» *Loba*, regida por aquel rayo de la guerra, por
» el padre de los soldados, por aquel venturoso

(1) *Don Quijote*, primera parte, cap. xxxix, tomo II, fol. 200.

» y jamás vencido capitán D. Álvaro de Bazán,
» marqués de Santa Cruz... (1). Don Juan de
» Austria había ganado á Túnez (prosigue
» Cervantes) y quitado aquel Reino á los turcos,
» y puesto en posesión de él á Muley Hami-
» da...» «Sintió (2) mucho esta pérdida el gran
» turco... y al año siguiente de setenta y cua-
» tro, acometió á la goleta y al fuerte que junto
» á Túnez había dejado medio levantado el se-
» ñor D. Juan.»

» Perdióse, en fin, la goleta, perdióse el
» fuerte sobre las cuales plazas hubo de solda-
» dos turcos pagados setenta y cinco mil, y de
» moros y alárabes de toda el África más de
» cuatrocientos mil, acompañado este gran nú-
» mero de gente con tantas municiones, pertre-

(1) Marqués de Santa Cruz de Mudela, título glo-
rioso que citándole Cervantes en 1572, se dice en la *Guía
de forasteros* que data su primer despacho de 1593... (?)
(N. del A.)

(2) *Don Quijote*, primera parte, cap. xxxix, tomo II,
fol. 202.

» chos de guerra y con tantos gastadores, que
» con las manos y á puñados de tierra pudie-
» ran cubrir la goleta y el fuerte. Perdióse pri-
» mero la goleta, tenuta hasta entonces por in-
» expugnable; y no se perdió por culpa de sus
» defensores, los cuales hicieron en su defensa
» todo aquello que debían y podían, sino por-
» que la experiencia mostró la facilidad con que
» se podían levantar trincheas en aquella de-
» sierta arena, donde á dos palmos se hallaba
» agua, y los turcos no la hallaron á dos varas,
» y así con muchos sacos de arena levantaron
» las trincheas tan altas, que sobrepujaban las
» murallas de la fuerza, y tirándoles á caballe-
» ro, ninguno podía parar ni asistir á la defensa.
» Fué común opinión que no se habían de en-
» cerrar los nuestros en la goleta, sino esperar
» en campaña el desembarcadero, y los que
» esto dicen hablan de lejos y con poca expe-
» riencia de casos semejantes; porque si en la
» goleta y en el fuerte apenas había siete mil
» soldados, ¿cómo podía tan poco número,
» aunque más esforzados fuesen, salir á la cam-

» paña y quedar en las fuerzas contra tanto
» como era el de los enemigos?... Perdióse tam-
» bién el fuerte, pero fuéronle ganando los tur-
» cos palmo á palmo, porque los soldados que
» lo defendían pelearon tan valerosa y fuerte-
» mente, que pasaron de veinticinco mil enemi-
» gos los que mataron en veintidos asaltos ge-
» nerales que les dieron. Ninguno cautivaron
» sano de trescientos que quedaron vivos; señal
» clara de su esfuerzo y valor y de lo bien que
» se habían defendido y guardado sus plazas.
» Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre
» que estaba en la mitad del Estaño (1) á cargo
» de D. Juan de Zanoguera, caballero valen-
» ciano y famoso soldado,» etc., etc.

Bien se echa de ver que Cervantes fué tes-
tigo presencial de estos sucesos, según los co-
mentarios y detalles con que los refiere. Muy

(1) *El Estaño* no sólo era una isla, sino que fué el antiguo puerto de Cartago. (Nota de D. Antonio Pellicer, que cita Ferreras.)—*Don Quijote*, primera parte, capítulo 39, tomo II, fol. 304.

pronto él mismo nos dará á conocer la multitud de poblaciones que visitara durante su estancia á las órdenes del duque de Sessa, en Cerdeña, Sicilia é Italia, hasta que en 1575 tomó en Nápoles la vuelta de España.

Nada diremos de Luca y Nápoles ni de Milán y Roma, de cuyas notables descripciones ya nos hemos hecho cargo, y veamos la razón que nos da de las otras ciudades que nuestro viajero visitó en esta época de su vida.

Preséntanos á la hermosa y bellísima ciudad de Génova (1) con «su ribera (2), llena de »adornados jardines, blancas casas y relum- »brantes chapiteles que heridos por los rayos »del sol, reverberan en tan encendidos rayos »que apenas dejan mirarse,» y con su floreciente comercio toda vez que consigna que (3)

(1) *Obras de Cervantes*, tomo VII, fol. 249. — *El Licenciado Vidriera*.

(2) *Idem*, id., tomo II, fol. 16. — *La Galatea*, lib. V.

(3) *Don Quijote*, primera parte, cap. XXXIX, tomo II, fol. 197.

con destino á ella salían cargadas de lana sus genovesas naves desde el puerto de Alicante.

De Palermo nos da á conocer (1) las holgas de su asiento (2) y belleza; de Ancona (3) su seguro puerto; de Bolonia sus calles (4) con sus portales sustentados en mármoles y los estudios (5) de aquella Universidad insigne; de Ferrara (6) la hidalguía y nobleza de sus señores, y de Venecia (7), «ciudad que »á no haber nacido Colón en el mundo no tu- »viera en él semejante, merced al cielo y al »gran Hernando Cortés que conquistó la gran »Méjico, para que la gran Venecia tuviese en

(1) *Obras de Cervantes*, tomo VII, fol. 247.—*El Licenciado Vidriera*.

(2) *Idem*, id., tomo VII, fol. 251, id.

(3) *Idem*, id., tomo VII, fol. 252, id.

(4) *Obras de Cervantes*, tomo VIII, fol. 121.—*La señora Cornelia*.

(5) *Idem*, id., fol. 119, id.

(6) *Idem*, id., tomo VIII, fol. 130, id.

(7) *Idem*, id., tomo VII, fol. 252.—*El Licenciado Vidriera*.

» alguna manera quien se la opusiese,» añadiendo que «estas dos famosas ciudades se
» parecen en las calles, que son todas de agua;
» la de Europa, admiración del mundo anti-
» guo; la de América, espanto del mundo nue-
» vo,» y que «su riqueza infinita, su Gobierno
» prudente, su sitio inexpugnable, su abundan-
» cia mucha, sus contornos alegres,» la hacen
» digna de la fama que su valor por todas par-
» tes del orbe se extiende, dando causa de acre-
» ditar más esta verdad la máquina de su fa-
» moso arsenal, que es el lugar donde se fabri-
» can las galeras con otros bajeles que no tie-
» nen número.»

Ya sabemos lo que de Milán nos cuenta; oigámosle cómo nos dice de Florencia (1), la ciudad rica y famosa de Italia en la provincia que llaman Toscana, que le «contentó en ex-
» tremo, así por su agradable asiento, como

(1) El *Quijote*, primera parte, cap. xxxiii, tomo II, fol. 82.

»por su limpieza, suntuosos edificios, fresco
»rio y apacibles calles.»

Seguir relatando las noticias que de Italia nos da el gran Cervantes sería cuento de nunca acabar, y ofendería la ilustración del benévolo auditorio, puesto que no hay, de seguro, entre todos vosotros quien no conozca una por una todas las obras del príncipe de nuestros escritores.

Y como nuestro propósito no es el de leeros en esta noche todo cuanto Cervantes nos cuenta de las poblaciones que conoció, porque esto equivaldría á leeros los doce gruesos volúmenes de sus obras y algunos otros más en que sabios cervantistas dan á conocer varios de sus trabajos inéditos, conténtome sólo con presentaros algo de lo que en sus viajes estudió y nos legó para solaz y enseñanza de las generaciones que le subsiguieron.

Y puesto que de Nápoles regresa á España, á bordo de la nave *Sol*, no le perdamos de vista, que ya se divisan en lontananza las blancas velas de las galeras de Dalí Mamí; que ya vie-

nen sobre nosotros moviendo apresurada y acompasadamente sus cien ligeros remos; que ya se hace inevitable su choque con la nao que conduce á nuestro soldado; que ya truena la artillería; que el abordaje se realiza; que Cervantes salta á la galera contraria y (1) lucha desesperadamente por desasirse de los corsarios que le rodean; que cede á la superioridad del número (2)... que sus fuerzas se agotan; que al fin es aprisionado y reducido á la esclavitud, á la más triste y penosa de las condiciones á que el hombre puede verse condenado.

Vosotros los que servís á vuestra patria en la noble y nunca bastantemente recompensada profesión de la marina, vosotros, mejor que yo, podreis apreciar los momentos supremos por que Cervantes pasara el 26 de Setiembre de 1575...!

(1) *Don Quijote*, primera parte, cap. xxxix, tomo II, fol. 200.

(2) *Obras de Cervantes*, tomo II, fol. 24.—*La Galatea*, lib. v.

No os haré, pues, la descripción de la nave *Sol*, no os pintaré sus maniobras ni os describiré su combate con los piratas berberiscos.

La Galatea en su libro v (1), el *Quijote* en su capítulo xxxix de la primera parte (2) y lXIII de la segunda (3) y *La Española inglesa* (4) os presentan modelos acabados en su género y revestidos de todos los caracteres de veracidad de que sólo pueden alardear los que, como Cervantes, por tan apurados trances han pasado.

Y pues ya tierra hemos tomado, oid cómo nos dice el libre cautivo (5): «Esta es, señores, la ciudad de Argel, gomía y terasca de » todas las riberas del mar Mediterráneo, puerto

(1) *Obras de Cervantes*, tomo II, fol. 23.—*La Galatea*, libro v.

(2) *Don Quijote*, primera parte, cap. xxxix, tomo II, fol. 200.

(3) *Idem*, segunda parte, cap. lXIII, tomo IV, folio 296.

(4) *Obras de Cervantes*, tomo VII, fol. 204.

(5) *Idem*, id., tomo IX, fol. 341.—*Persiles*.

» universal de cosarios, y amparo y refugio de
» ladrones, que deste pequeñuelo puerto... salen
» con sus bajeles á inquietar el mundo, pues se
» atreven á pasar el *plus ultra* de las columnas
» de Hércules, y á acometer y robar las apar-
» tadas islas, que por estar rodeadas de in-
» menso mar Océano pensaban estar seguras, á
» lo menos de los bajeles turquescos.»

Si traéis á vuestra imaginación la historia del cautivo, tan maravillosamente trazada en los capítulos xxxvii y siguientes de la primera parte del *Quijote*; si recordais las dos comedias *Los baños de Argel* y *El trato de Argel*, en las cuales tan magistralmente se trazan los usos y costumbres moriscos y la desdichada vida de los que gemían en el cautiverio, tendreis un concepto acabado de lo que fué y vió nuestro Cervantes en los cinco años que lloró su libertad perdida.

Allí vereis la casa ó prisión, que los turcos llaman *baño*, donde encierran los cautivos; los patios donde salen á respirar el puro ambiente de la mañana; los terrados; las ventanas, que

más son agujeros cubiertos con celosías espesas y apretadas, y los jardines, ó más bien huertas, donde alternan las flores con las plantas salutíferas y de regalo.

Allí vereis á los renegados pidiendo y obteniendo de los cautivos firmas y certificados que acrediten los supuestos servicios prestados á los cristianos, con cuyos documentos, al regresar á España, eluden el justo castigo que merece su apostasía.

Allí vereis los tormentos por que pasan aquellos desgraciados, condenados á trabajos forzados y víctimas de rigurosos tratos y castigos.

Allí vereis el terror que el solo nombre de D. Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, les infunde, hasta el extremo de haber quedado entre ellos para insultar á los cautivos cristianos la célebre frase (1)

(1) *Obras de Cervantes*, tomo XII, fol. 50. — *El trato de Argel*, jornada tercera.

«Joan... ó Juan
 non rescatar non fugir
 Don Juan non venir, acá morir.» (1)

. :

Allí vereis las mujeres «cubierto el rostro
 » con una toca (2), un bonetillo de brocado en
 » la cabeza y una almalafa que las cubre de los
 » hombros á los piés;» pero que bien pronto
 se os mostrarán en toda su hermosura y genti-
 leza, porque las moras no hacen melindres de
 descubrirse á los cristianos. Ved una allí (3)
 «que más perlas penden de su hermosísimo
 » cuello, orejas y cabellos, que cabellos tiene.
 » En las gargantas de los piés que descubiertas
 » á su usanza trae, trae dos carcajes (que así
 » se llaman las manillas ó ajorcas de los piés en
 » morisco) de purísimo oro, con tantos dia-

(1) *Obras de Cervantes*, tomo x, fol. 246.—*Los ba-
 ños de Argel*, jornada tercera.

(2) *Don Quijote*, primera parte, cap. xxxvii, tomo II,
 fol. 179.

(3) *Idem*, primera parte, cap. xli, tomo II, fol. 228.

» mantes engastados, que... los estiman en diez
» mil doblas, y las que trae en las muñecas de
» las manos valen otro tanto. Las perlas en
» gran cantidad y muy buenas, porque la ma-
» yor gala y bizarría de las moras es adornarse
» de ricas perlas y aljófara..... »

Y allí vereis, por último, cómo nuestro Saa-
vedra (1) «con haber hecho cosas que queda-
» ron en la memoria de aquellas gentes por mu-
» chos años, y todas por alcanzar libertad, ja-
» más recibió palo ni se lo mandaron dar, ni se
» le dijo palabra, y por la menor cosa de las
» muchas que hizo temían todos que había de
» ser empalado, y así lo temió él más de una
» vez.»

Pero ya regresa á España, libre, merced al
rescate, que á duras penas pudo su familia pro-
porcionarle, logrando (2) (según su propia ex-

(1) *Don Quijote*, primera parte, cap. XL, tomo II, fol. 211.

(2) Navarrete.—*Vida de Cervantes*, pág. 58.

presión), «uno de los mayores contentos que
» en esta vida se puede tener, cual es el de llegar
» después de luengo cautiverio, salvo y sano á
» su patria; porque no hay en la tierra con-
» tento que se iguale á alcanzar la libertad per-
» dida.»

Un año escasamente pasó en España. La esperanza de obtener recompensa de tantos servicios y privaciones era cada vez más remota, y la escasez de sus recursos, cada día en aumento, le obligaron á seguir de nuevo su militar profesión; y con el fin de incorporarse á su antigua compañía, pasó á Lisboa, donde se embarcó en el verano de 1581, formando parte de la expedición que para auxiliar á D. Pedro Valdés en su empresa de reducir las islas Terceras salió de las aguas del Tajo.

Pero mientras se dirige á las islas Azores ó Terceras (1), restos de la antigua Atlánti-

(1) *Obras de Cervantes*, tomo VII, fol. 202.—*La Española inglesa*.

da (1), y regresa de ellas, oigamos lo que de Lisboa nos dejó escrito: «Verás (dice por boca »de *Antonio* en el libro III del *Persíles*) (2), »verás los ricos templos en que (Dios) es ado- »rado, verás las católicas ceremonias con que »se sirve y notarás cómo la caridad cristiana »está en su punto. Aquí en esta ciudad verás »cómo son verdugos de la enfermedad muchos »hospitales que la destruyen, y el que en ellos »pierde la vida, envuelto en la eficacia de in- »finitas indulgencias, gana la del cielo; aquí el »amor y la honestidad se dan las manos y pa- »sean juntos, la cortesía no deja que se le llegue »la arrogancia, y la braveza no consiente que »se le acerque la cobardía. Todos sus morado- »res son agradables, son corteses, son libera- »les y son enamorados porque son discretos;

(1) *Última teoría sobre la Atlántida*, expuesta por el ilustrado marino D. Pedro de Novo y Colson en su conferencia dada en la Sociedad Geográfica de Madrid el 15 de Abril de 1879.

(2) *Obras de Cervantes*, tomo XI, pág. 267.

» la ciudad es la mayor de Europa y la de ma-
» yores tratos; en ella se descargan las riquezas
» de Oriente, y desde ella se reparten por el
» universo; su puerto es capaz no sólo de na-
» ves que se puedan reducir á número, sino de
» selvas movibles de árboles que los de las na-
» ves forman. La hermosura de las mujeres ad-
» mira y enamora, la bizarría de los hombres
» pasma, como ellos dicen; finalmente, esta es
» la tierra que da al cielo santo y copiosísimo
» tributo...»

Terminadas estas empresas se restituyó á la Península, de donde no se tienen noticias que volviera á salir á no ser para «Mostagan, de
» donde fué enviado con cartas y avisos del
» alcaide de aquella plaza para Felipe II, quien
» le mandó pasar á Orán sin duda por hallarse
» allí de guarnición el tercio ó la compañía en
» que todavía militaba (1).

De ambas poblaciones nos da cuenta deta-

(1) Navarrete, *Vida de Cervantes*, pág. 64.

llada en *El trato de Argel*, despues de indicar que...

«Pues hay de aquí (Argel) á Orán sesenta leguas,» describe el camino en esta forma (1):

ESCLAVO 2.^o

«¿Llevas algunas señas por do entiendas cuál es de Orán la deseada tierra?»

ESCLAVO 1.^o

Sí llevo y sé que he de pasar primero dos rios: uno Délbat, es nombrado; rio del Azafran, que está aquí junto; otro el de Hiqueznaque, que es más lejos. Cerca de Mostagan y á man derecha, está una levantada y grande cuesta que dicen que se llama el Cerro Gordo, y puesto encima della se descubre frente por frente un monte que es la silla que sobre Orán levanta la cabeza.»

.

(1) *Obras de Cervantes*, tomo XII, fol. 52. — *El trato de Argel*, jornada tercera.

También en la comedia *El Gallardo español*, cuya acción pasa en Orán y en el inmediato campamento morisco, nos da á conocer muchas particularidades de la ciudad.

Preséntanos á D. Alonso de Córdoba, conde de Alcaudete, como general de Orán, y á don Fernando de Saavedra tomando precauciones contra los moros que bien pronto han de cercar la plaza, y en esta escena y en algunas de las subsiguientes nos ofrece detalles de la fortaleza. Mezclando en el enredo la pasión de Arlaja por Saavedra, nos refiere también algunos pormenores del campamento morisco. La vida del soldado en Orán está resumida en estos cinco versos (1):

«Nadie muere aquí en el lecho
á almidones y almendradas,
á pistos y á purgas hecho.
Aquí se muere á estocadas
y á balazos roto el pecho.»

(1) *Obras de Cervantes*, tomo x, fol. 47.—*El Gallardo español*, jornada segunda.

Y en unos endecasílabos de sobresaliente mérito nos presenta la famosa petición hecha á nombre de las mujeres cristianas de Orán, por doña Isabel de Avellaneda, al conde de Alcaudete, á consecuencia de haber dado éste orden de que los ancianos, los niños y las mujeres, como gente inútil, desalojaran la plaza, próxima ya á ser asaltada (1).

Piden se las deje dentro de la ciudad por...

«Que ellas se ofrecen á acudir al muro,
ya con tierra ó fagina, ó ya con lienzos
bañados en vinagre con que limpien
el sudor de los fieros combatientes
que asistan al rigor de los asaltos;
que tomarán la sangre á los heridos;
que las más pequeñuelas harán hilas,
dando la mano al lienzo, y voz al cielo
con tiernas virginales rogativas,
pidiendo á Dios misericordia, en tanto
que los robustos brazos de sus padres
defienden sus murallas y sus vidas...»

.

(1) *Obras de Cervantes*, tomo x, fol. 20.—*El Gallardo español*, jornada primera.

Más adelante nos describe la pérdida del fuerte de San Miguel y varios reñidos combates entre moros y cristianos, presentados con la verdad del que al terminar su obra dice (1):

«Que llega el tiempo
de dar fin á esta comedia,
cuyo principal intento
ha sido mezclar verdades
con fabulosos inventos.»

Y ya lo es también de que nosotros dejemos á nuestro ilustre cuanto ilustrado viajero, puesto que ya una vez reinstalado en España no ha de volver á salir de ella; y según el plan que nos propusimos al adoptar como norma para este trabajo la definición de la Academia, sólo de sus viajes, especialmente largos y por varias partes, y de las cosas observadas en éstos, habíamos de ocuparnos. Así lo hemos hecho, dejando para pluma mejor cortada el que nos pre-

(1) *Obras de Cervantes*, tomo x, fol. 108.—*El Gallardo español*.

sente á Cervantes no ya como viajero dentro de la Península, sino como conocedor profundo de la localidad, usos y costumbres de todas y cada una de sus poblaciones y provincias.

Aquí terminarían estos mal pergeñados apuntes, si de la lectura que necesariamente he debido hacer de sus obras no hubiera sacado el convencimiento de que Cervantes no fué sólo viajero, sino que puede ser considerado como escritor de viajes, toda vez que no sólo se ocupa de los países y localidades que visitara, sino que también cita y describe localidades de que no hay noticias que fueran por él recorridas.

El ejército, que en la época de Cervantes estaba formado casi en su mayor parte de soldados aventureros, debió ofrecer á éste grandes ocasiones de estudio y aprovechamiento. Porque ¿qué de extraño tiene que en los cuarteles, en los descansos de las jornadas, en los interminables dias de navegación, hablando los soldados entre sí, el uno refiriera sus campañas de Flandes, el otro su estancia en Inglaterra, el de acá su viaje á las regiones escandinavas,

el de allá sus lances de Turquía... y todos con ese gracejo, con esa sal ática, con esos rasgos peculiares de los hombres de su clase, al referir sus amores, sus impresiones, sus azares y sus glorias, dieran á Cervantes noticia detallada de regiones y lugares para él desconocidos, pero que, aprovechándose de aquellos datos, su soberano ingenio los utilizara, después de estu-
diosa comprobación, en sus escritos?

Y si no, dígasenos cómo Cervantes pudo re-
latar la caza del armiño como lo hace en la
primera parte del *Quijote* (1), y ocuparse con
detallado informe de Nicosia, Chipre, Corfú y
Malta (2), y presentar la autoridad del Cadí,
el modo de practicarse el juicio de residencia
del bajá saliente por el que le sucede en el
mando de aquel territorio, la forma de admi-
nistrar justicia entre los turcos y de hacerse la
venta de los esclavos, con tantas otras noticias

(1) *Don Quijote*, cap. xxxiii, tomo II, fol. 97.

(2) *Obras de Cervantes*, tomo VII, folios 83 y si-
guientes.—*El amante liberal*.

como nos suministra en *El amante liberal*, y describir (1) el modo de pedir justicia en Turquía; el acompañamiento y pompa con que se presenta en público el Gran Sultán; la recepción por éste de un embajador de Persia, y hasta el traje de los cautivos de los turcos, como lo hace en la *La Gran Sultana*?

Podrá objetársenos que, de simples narraciones de soldados, no pueden recogerse detalles tan precisos y acabados como, por ejemplo, de las islas salvajes del Norte de Europa, de la Noruega, de la Golandia y de la Ubernia; de los reinos de Danea y Lituania y la isla de las Ermitas nos ofrece Cervantes en los dos primeros libros del *Persíles*.

No van descaminados del todo los que con este razonamiento nos salgan al paso; pero tampoco pierdan de vista que ni nosotros hemos presentado la tesis en términos absolutos, ni es posible desarrollarla sin previamente sen-

(1) *Obras de Cervantes*, tomo XI, folios 99 y siguientes.—*La Gran Sultana*.

tar la premisa de que Cervantes era hombre de grandes estudios, y por ende conocedor de toda la geografía de su tiempo.

Y como de seguir en estos razonamientos vendríamos insensiblemente á tratar á Cervantes como geógrafo, lo cual nunca fué nuestro propósito, terminamos aquí, con la esperanza (1) de que alguno de nuestros benévolos oyentes—que tan conocedor es de Cervantes—recogiendo esta alusión tan directa, le estudie en aquel sentido, si bien de una manera más ámplia y universal que lo apuntó solamente en los estrechos límites de su opúsculo *Pericia geográfica de Cervantes*, nuestro presidente

(1) Si esta esperanza se ha realizado ó no, dígalo la carta con que da principio este opúsculo.

Reciba, pues, mi antiguo y cariñoso amigo el excelentísimo Sr. D. Cayetano Rosell la expresión de mi mayor gratitud, que bien la merece el que robando su tiempo á trabajos de verdadera importancia, ha fijado su elevada atención en un trabajo tan modesto, que para conseguir su autor que sea leído ha necesitado escudarlo con el nombre del sabio prologuista.

de feliz recordación D. Fermín Caballero.

Entre tanto, séame lícito dirigiros esta pregunta:

¿Podemos contar desde hoy á Miguel de Cervantes Saavedra en el número de los viajeros españoles?

Vuestra actitud me revela una respuesta afirmativa.

Gracias mil por la benevolencia con que habeis escuchado mi modesto trabajo, que si algo prueba, es mi decidida predilección por Cervantes, por ese genio que admira el mundo y en cuya alabanza hubiera deseado poder emplear esta noche dotes excepcionales, á la altura de tan grandioso sujeto.

Pero el cielo, que lo ha dispuesto de otra manera, no me permite más que repetir con el poeta:

«Que si para cantarle voz me falta,
para admirarle corazón me sobra.»

HE DICHO.



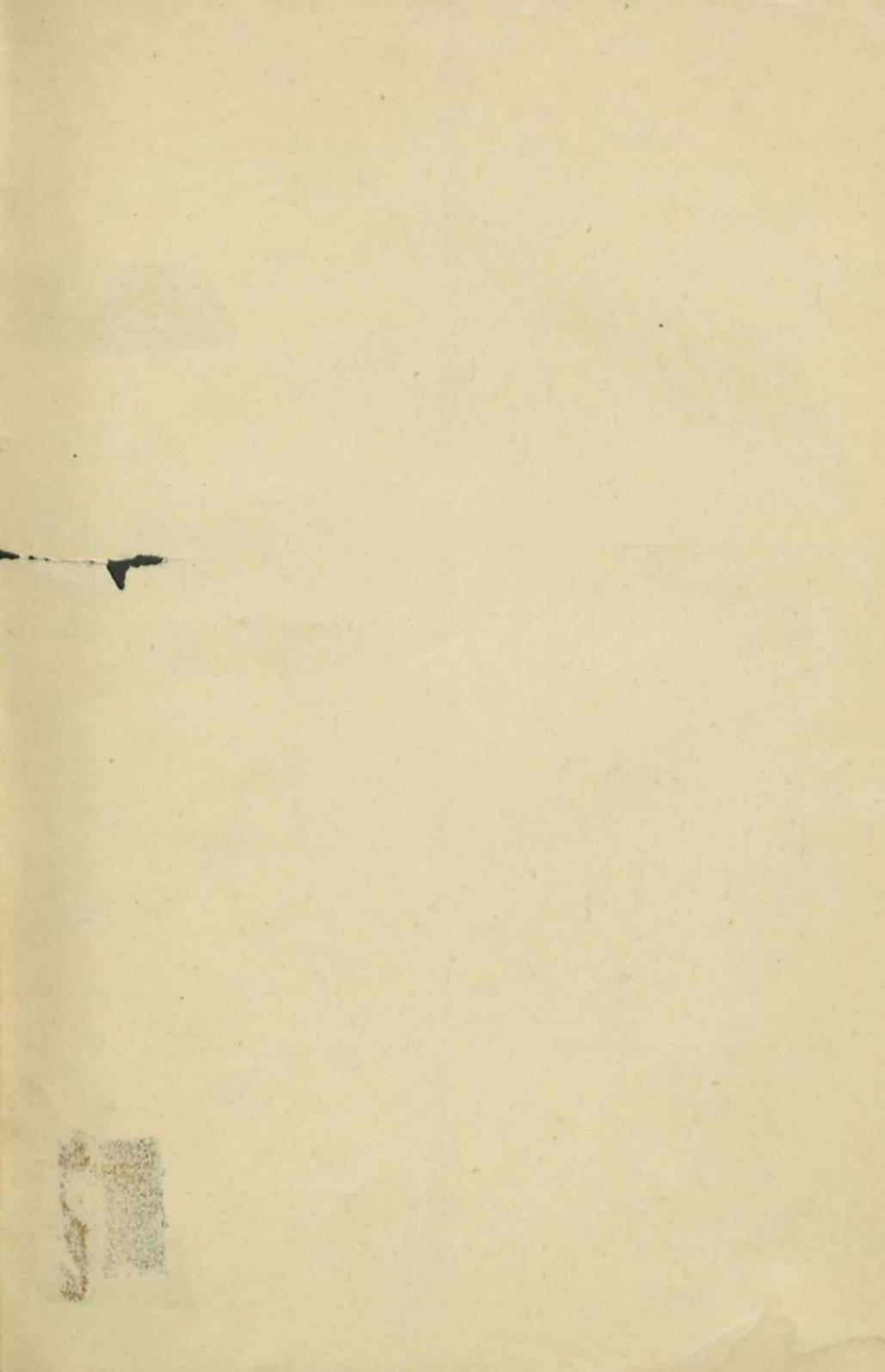
CERVANTES VIAJERO

por D. Manuel Foronda.



BOSQUEJO
DE LOS VIAJES DE CERVANTES.
POR
D. MARTIN FERREIRO.

1
15 000 000



N.º

Se halla de venta en Madrid en las principales librerías.

PRECIO, 3 PESETAS.

I. CARDEN
TA
FONDO
S. X